

## **Romanos 15:5-9**

Sermón Romanos 15:5-9 Pentecostés 17. Génesis 50:15-21;  
Mateo 18:21-35 128, 144, 299

“Uno hace diferencia entre día y día, mientras que otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido de lo que piensa. El que distingue un día de otro, lo hace para el Señor; y el que no distingue el día, para el Señor no lo hace. El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y también da gracias a Dios. Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos. Cristo para esto murió, resucitó y volvió a vivir para ser Señor así de los muertos como de los que viven.” (Romanos 14.5–9)

¿Qué significa la unidad de la iglesia? ¿Quiere decir que todos siempre piensen igual? ¿Quiere decir que todos siempre decidan conducirse en la misma forma? Y si hoy diferencias, ¿cómo se puede evitar que esas cosas dividan la iglesia?

Hace dos semanas escuchamos una forma en que hay diferencias en las congregaciones cristianas. Hay diversidad de dones. Y escuchamos cómo en esa situación se evita que eso divida la iglesia. Cuando cada uno usa los dones que ha recibido en bien de otros, y no para su propia gloria, lejos de ser un problema para la iglesia, resulta ser una gran bendición.

Hay algunas cosas en que debe haber acuerdo para que una congregación sea y permanezca unida. En donde declara su posición la palabra de Dios, o prohibiendo algo o mandando algo, allí no debe haber discrepancias ni desacuerdos. Lo que caracteriza al cristiano es su sumisión a la palabra de Dios como una regla y norma para la fe y la conducta. Así no podemos tolerar que se rechace la doctrina que la palabra claramente revela y la insistencia en enseñar de otra forma, conforme a sus propias opiniones de la persona. Finalmente, es sólo el puro evangelio inspirado por el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura que edifica la iglesia, no el error humano. También cuando se trata de lo que es claramente denominado pecado en la Escritura, no podemos aprobar opiniones contrarias.

¿Pero qué tal cuando la Escritura no toma una posición clara sobre qué es aceptable a Dios, cuando ni prohíbe ni manda una acción? ¿Qué posición debe tomar la congregación cristiana y los cristianos individuales en esos casos? ¿Cómo se puede evitar que diferentes decisiones acerca de estos asuntos amenacen la unidad de la iglesia cristiana y el amor que los cristianos deben guardar unos a otros? De estas cuestiones trata nuestro texto de esta mañana.

¿Cuáles eran algunas de las cosas que podemos llamar asuntos de libertad cristiana, cosas que no son ni mandadas o prohibidas? Nuestro texto menciona la cuestión de días para devoción al Señor, y también la cuestión de comidas, si es lícito comer carne o no. “Uno hace diferencia entre día y día, mientras que otro juzga iguales todos los días”. “Uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, solo come legumbres”.

En cuanto a la segunda categoría, la de los alimentos, el versículo tomado de la sección anterior a nuestro texto hace una distinción entre fuertes y débiles. Y es el que se limita que es identificado como el débil aquí. ¿Cuál sería la base de esta distinción? En el Antiguo Testamento había reglas acerca de algunas comidas que eran lícitas para comer y otras no. Sólo algunos animales se podían comer. Y tenían que ser matados en cierta forma para que no quedara nada de sangre. El Nuevo Testamento había abolido estas reglas. Se nota esto en lo que Pablo dice en Colosenses 2: “Por tanto, nadie os critique en asuntos de comida o de bebida”. La palabra tal vez sería mejor traducida “nadie os juzgue” o “nadie os condene”. Lo que quiere decir es que nadie debe hacer asunto de conciencia el comer o no comer ciertas comidas. Como Pablo dice más tarde en nuestro capítulo: “el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”.

Entonces el fuerte es el que no sólo con la cabeza, sino también con el corazón considera todo el asunto de la comida como realmente libre, de modo que no hay ninguna ventaja espiritual si se come o no se come cierta comida como la carne. Por otro lado, alguien puede tener ese concepto claro en la cabeza, pero en su corazón y conciencia todavía se siente inseguro comiendo carne. Tal vez porque nunca había comido algo contra las leyes dietéticas judías, o tal vez porque la asociaba con los rituales paganos que eran la fuente de la mayor parte de las carnes en los mercados greco-romanos.

Entonces, ¿no deben todos hacer lo que hacen los fuertes, comer de todo? No. Porque si realmente es libre, entonces no es mejor el que come ni el que no come. Así que, “El que come de todo no menosprecie al que no come, y el que no come no juzgue al que come”. Aquí se menciona el peligro doble. Los fuertes, los que comen de todo, pueden menospreciar a los que no comen de todo, como si fueran unos ignorantes en la verdadera libertad que Cristo ha establecido en estos asuntos para su iglesia. Al mismo tiempo, los débiles fácilmente pueden pensar que comer de todo podría acercar a esas personas demasiado a prácticas idólatras y ponerlas en peligro, de modo que juzguen y condenen a esas personas como cristianos poco serios.

Los dos estarían cometiendo un error. Estarían olvidando que Dios ha recibido a todos. Y, cada uno había hecho su decisión no al azar o por indiferencia, sino después de considerar “cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Rom. 12:2). El que los dos han hecho su decisión personal en el temor de Dios se ve en lo que dice Pablo en nuestro texto: “El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y también da gracias a Dios”. Pueden comer cosas diferentes, pero cada uno da gracias a Dios por lo que come, reconociendo que son regalos de él y que, si comen o beben, su deseo es hacer todo para la gloria del Señor. Los fuertes deben respetar los escrúpulos de los débiles y no tratar de obligarlos a actuar en contra de lo que su conciencia se siente cómodo en hacer. “No destruyas la obra de Dios por causa de la comida. Todas las cosas a la verdad son limpias; pero lo malo es comer algo que haga tropezar a otros. Mejor es no comer carne ni beber vino ni hacer nada que ofenda, debilite o haga tropezar a tu hermano. ¿Tienes tú fe? Tenla para ti mismo delante de Dios. Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba. Pero el que duda sobre lo que come, se condena a sí mismo, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado” (Romanos 14.20–23). Y los débiles deben tener la confianza de que Dios es capaz de preservar en la fe a los fuertes. “Dios lo ha recibido. ¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio Señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerlo estar firme”.

Todos los mismos principios se aplican a la cuestión de los días. Había judíos que siempre habían observado el sábado. Seguir haciéndolo no estaba mal, con que no exigían eso como una obra necesaria para la salvación. Otros consideraban cada día

igual, no en el sentido de que ningún tiempo tendría para ellos un significado religioso, sino porque todo el tiempo pertenece al Señor, así que cualquier tiempo es un tiempo apropiado para adorar al Señor, decir las oraciones y meditar en la palabra de Dios. Lo que Pablo dice otra vez acerca de los dos casos es lo siguiente: “Cada uno esté plenamente convencido de lo que piensa. El que distingue un día de otro, lo hace para el Señor; y el que no distingue el día, para el Señor no lo hace”.

Lo importante es recordar siempre que somos del Señor. “Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos”. Si reconocemos este principio, entonces lo que decidimos hacer en las cosas que no son ni mandados y prohibidos será con el propósito de servirlo a él. Reconocer que todos somos del Señor también evitará que hagamos decisiones arbitrarias sin considerar las consecuencias para nuestros hermanos para quienes Cristo también murió. De hecho, hacer esto sería realmente pecar contra la ley del amor según la cual debemos servir a Cristo sirviendo a nuestro hermano. “El que de esta manera sirve a Cristo, agrada a Dios y es aprobado por los hombres”.

Para poner un caso. La Biblia no nos prohíbe tomar en moderación bebidas alcohólicas. Si entiendo esto y me gusta tomar una cerveza, no hay en sí ningún pecado al hacerlo. Pero qué tal si voy a un restaurante con un amigo que sé que ha tenido problemas de alcoholismo, ha reconocido su pecado, y que está combatiendo su adicción. Pero yo insisto en pedir una cerveza con mi comida cuando estoy con él. ¿No sería poner presión social para que él haga lo mismo? ¿No sería exponerlo a él a una tentación que podría dañar su conciencia y terminar destruyendo su fe cristiana? ¿No estaría en ese caso pecando contra el mandamiento de amor, exponiendo a mi hermano a un mortal peligro? Allí es más bien en donde se aplica el principio: “¿Tienes tú fe? Tenla para ti mismo delante de Dios”. En mi propia conciencia estoy libre, pero al mismo tiempo, el amor exige que en esa ocasión me abstenga.

“Cristo para esto murió, resucitó y volvió a vivir para ser Señor así de los muertos como de los que viven”. Es el Señor que nos ha librado de la maldición de la ley. Es el Señor que nos ha dado la verdadera libertad. Es el Señor a quien servimos cuando comemos, pero también cuando nos abstenemos para en amor

no hacer daño a nuestros hermanos. Cuando no violamos nuestra propia conciencia en estas cosas, ni hacemos que tropiece ningún hermano más débil haciendo que él viole su propia conciencia, estaremos con limpia conciencia ante el trono de juicio de Dios, confiando en la muerte y resurrección de Jesucristo para nuestra justicia delante de él, una justicia que es nuestra sólo por la fe, y al mismo tiempo mostraremos verdaderos frutos del amor en nuestro comportamiento hacia nuestros hermanos como evidencia de la presencia de esa fe.

Qué Dios nos ayude a crecer siempre en la fuerza de nuestra fe, pero también en el amor y la consideración de nuestros hermanos. Amén.